

HARMONY AND LIGHT. (LA BUSCADORA DE MELODÍAS)



- Esta en esa estrella de allí, al final de la Vía Láctea.
- ¿Eeh?—dijo el niño
- La serpiente que parecía un pez que intentaba ser un gato sin pies. Aunque si tenía pies pero eran viscosos, sin dedos y no se distinguían del cuerpo. A veces también parecía un kiwi queriendo ser un topo y otras, no tenía forma.—dije mientras miraba la forma serpenteante de la Vía Láctea.
- Que bicho más raro.
- No mucho más raro que un tiburón o un ornitorrinco. ¿Sabías que hay tiburones que no comen focas y que los ornitorrincos son venenosos?
- No—voceó sorprendido.

— Pues, la serpiente, en vez de ser venenosa como otras serpientes o comer ratones para alimentarse, viajaba entre rocas, estrellas muertas, enanos rojos y planetas errantes.

— Viajaba entre ellos, así, como un pez haciendo zig zag. Nunca los rozaba y nunca ponía sus diminutos pies en ellos.

Cada vez que se acercaba a un planeta, se acercaba mucho para escuchar su sonido y, cuando lo hacía, cambiaba de forma.

Si era un sonido muy grave y rápido, parecía un colibrí tranquilo. Si había más de un sonido a la vez giraba en espirales hasta parecer un caracol.

Siempre se quedaba solo lo suficiente para escuchar el final del sonido de cada planeta, cada estrella o cada roca. Daba igual que fuera un sonido pequeño y corto o grande y largo. Que fuera un sonido tímido como el de un flautista que olvidó la partitura o fuerte y valiente como los grandes tambores que, aun estando detrás de toda la orquesta, suenan como si estuvieran al lado de tu oreja.

La serpiente viajó así durante mucho, mucho tiempo. Viajó durante tanto tiempo, que el tiempo se acabó pero la serpiente siguió viajando. Siempre en zig zag entre sonidos casuales, canciones solitarias o conciertos que no parecían acabar nunca.

Mucho tiempo después de que el tiempo se acabara, la serpiente llegó a dónde el espacio también se acaba y, aunque no se oía ningún rumor de ningún sonido lejano, siguió viajando.

Un día, o una noche, llegó a un planeta que parecía un gran espejo. No era esférico ni ovalado. Ni plano, ni cuadrado. No era gaseoso, ni sólido. Tampoco era húmedo aunque no parecía seco.

— ¿Entonces cómo era?

— Sobre todo, era un planeta que no tenía sonido. Ningún sonido. Ni el chirrido de la pata de un grillo sobre una piedra, ni el de una hoja de un árbol envejeciendo. Nada. Ni si quiera el sonido de la ausencia de sonido. Simplemente, nada.

La serpiente, había vivido una larga vida más allá del tiempo y el espacio. Siempre feliz siguiendo, sin perderse, cada rumor, cada susurro o runrún, escuchando cada planeta.

Pero, por primera vez, se encontró perdida. Empezó a dar vueltas al rededor del planeta, escuchando y girando. No se sabe cuanto tiempo estuvo girando ya que, el tiempo, hacía mucho que se había acabado.

— ¿Y qué hizo? —dijo el niño que, impaciente, repitió—¿Qué hizo?

— Siguió dando vueltas al rededor del planeta. —le contaba al asombrado niño — Mientras, la serpiente, se reflejaba en la superficie. Confundida al no haber ningún sonido, su reflejo formaba una extraña imagen, siempre cambiante, siempre dando vueltas.

¡La serpiente era a la vez un gato, un pato, un pez, una cebra, un árbol, un ñú!
Era, miles de sonidos ocurriendo al mismo tiempo y en el mismo espacio. Pero el planeta no tenía ningún sonido. — y volviendo a mirar al final de la Vía Láctea dije.

— El planeta; seguía mudo.

—¿Qué pasó después? — preguntó el niño al pasar el tiempo.

— La serpiente giró más y más rápido. Más cerca del planeta que parecía un espejo. Según giraba la serpiente el viento era más fuerte y ella estaba más y más cerca. Pero el planeta seguía en silencio.

— ¿Y se chocó?

— No, no se chocó, a lo que pasó después no se le puede llamar así. Si te tropiezas en la calle y te das con la farola, eso es chocar.

— ¿Entonces qué pasó? — dijo el niño al borde de su asiento.

— Lo que pasó fue mucho peor. Los pies, las colas, las patas, las ancas, las alas y zarpas de la serpiente golpearon la superficie.

La superficie que parecía un gran espejo, se rompió en mil pedazos mientras los tornados y huracanes los esparcieron en todas las direcciones posibles e imposibles, chocando entre si formando más pedazos diminutos, hasta que, entre los trozos apareció una diminuta mota de polvo azulada.

La serpiente, triste por lo que había pasado, dejó de girar y lloró.

Mientras sus lágrimas cubrieron a la pequeña mota de polvo se alejó lo suficiente para no hacer más daño a la mota de polvo que seguía, como un soprano afónico, en silencio.

— ¡Pobrecita!

Mientras la mota de polvo, que ahora era un planeta un poco encharcado y airado, dejó de crecer y empezó a cambiar. Dónde antes era espejo ahora era verde y dónde antes era azul ahora era blanco. Un día dos pequeñas manchas oscuras aparecieron en el planeta.



—¿Qué era?

—Detrás de las manchas oscuras había una diminuta cara, tan diminuta como una mota de polvo. Cuando la diminuta cara dejó de mirar el suelo del planeta sin sonido, miró al cielo y allí vio a la serpiente ardiendo triste y enfadada muriendo, poco a poco.

Un tiempo después de aquello, aunque el tiempo estaba muy lejos, la mota de polvo empezó a crecer . Pero la serpiente no se acercó a escuchar porque el planeta azul seguía en silencio.

La mota vio el viento calmarse y el agua retroceder mientras poco a poco crecía.

Un día la mota era una pizca de polvo en silencio y al siguiente era un planeta mudo. La serpiente que había oído a todas las estrellas y planetas se enfadó con aquel planeta. Ese único planeta que no sonaba, ni siquiera a nada.

Se enfadó tanto que decidió que no se quedaría a oír el final del sonido del planeta que no tenía sonidos. La serpiente dejó de cambiar y mordiendo su propia cola se enroscó sobre si misma dejando que su enfado ardiera. La serpiente empezó a morir.



Mientras la serpiente se convertía en una espiral de fuego y llamas, la diminuta cara asomo un poco más y de repente, hubo un sonido.

Un sonido fuerte pero no enfadado, un sonido sin acompañamientos pero feliz, un sonido que cruzó más allá del fin del tiempo y el espacio escuchado por cada estrella moribunda, pedrusco o cometa.

Un sonido que resonó tan alto y tan vivo, que la serpiente al oírlo miro al planeta, que ya no era mudo, y allí vio a la diminuta cara verde y marrón.

Y, en ese momento el tiempo alcanzo al planeta haciéndole girar, el espacio atrapó al planeta y la serpiente en ese preciso momento decidió arder con más fuerza.

Ese día, que fue el primer día de aquel planeta ahora que el tiempo le había alcanzado, el fuego de la serpiente se reflejó en los trozos de espejo que una vez cubrieron a una diminuta mota de polvo azul y que ahora flotaban a su alrededor.

Por que, en aquel planeta que una vez no tuvo ningún sonido, ese fue el día en que la serpiente escuchó un sonido de una cara verde y marrón diminuta que al ver como ardía había sido tan feliz al verle como la serpiente cada vez que se acercaba a escuchar el final del sonido de una estrella moribunda.

La serpiente decidió que seguiría ardiendo, pero no por tristeza o estar enfadada si no para que aquella diminuta cara verde pudiera seguir repitiendo aquel sonido que hacía cuando era feliz.

Aquel día , la serpiente, escuchó el sonido más feliz, que jamás había oído, salir desde el planeta que no tenía sonido. Todos los planetas, estrellas y cometas escucharon ese día por primera vez el nombre de aquella serpiente.

Aunque podía seguir viajando buscando sonidos que jamás había oído o que aun no existían, la serpiente, solo quería escuchar el sonido que aquella pequeña cara verde y marrón había hecho por primera vez.

Ese fue el día en que la diminuta cara verde de la pequeña mota de polvo azul llamó Luz a la serpiente por primera vez.

— ¿Pero, que era la cara verde diminuta? ¿Y, dónde está la mota azul?— preguntó el niño queriendo saber más y más.

— ¿Qué es verde y marrón y busca la luz?— dije señalando a una gran cara verde y marrón.

— ¡Es un árbol!